
NOTICIA

El incendio del Museu Nacional y el futuro educativo de Brasil

La noche del domingo 2 de septiembre de 2018 fue una de las más trágicas que ha vivido la cultura brasileña al incendiarse el Museu Nacional, dependiente de la Universidad Federal de Río de Janeiro (UFRJ) e instalado en la Quinta da Boa Vista, en el barrio de São Cristóvão de la misma ciudad. Más allá del patrimonio perdido, de la arquitectura calcinada, de las momias egipcias, indígenas, de la artesanía, arqueología y antropología o restos óseos de dinosaurios carbonizados, más allá del material científico, del mobiliario, pinturas, esculturas, artesanías indígenas abrasadas, más allá de lo más allá, lo que realmente se incendió fue la ilusión, la confianza en el futuro, las posibilidades de progreso y las esperanzas de todo una nación. El Museu Nacional fue ese día y hoy una metáfora de las brasas de la historia reciente del Brasil. Todos los que hemos disfrutado del lugar y su patrimonio tenemos recuerdos gratos, ya sea asociados a la investigación o al mero disfrute de su riqueza cultural. Cada uno puede y debe aportar su memoria, porque la memoria será el único bálsamo que permita curar ésta herida sangrante. Por ello, mi memoria se remonta a un lugar feliz, a un espacio asociado al disfrute, al ocio y al trabajo gratificante. Y que mejor ejemplo que una mañana de domingo cualquiera en la Quinta da Boa Vista.

Enclavada en el barrio de São Cristóvão y rodeada por los de Santo Cristo, Cidade Nova, Tijuca, Vila Isabel, Benfica y Vasco da Gama, muy cerca del céu de esmeraldas que es la favela de Mangueira, evocar la Quinta trae ecos antiguos, portuarios, de la bahía de Guanabara, el batuque de las escuelas de samba, el bullicio de la *feirinha* de São Cristóvão, con sabor a nordeste, *tapioca* y *farrô*. Una mañana en la Quinta da Boa Vista dejaba imágenes de familias enteras, de niños llevados por sus abuelos, cerca de sus padres, para visitar el museo, admirarse con el *meteorito*, asustarse ante las momias y contemplar, con cierto respeto, las figuras rituales, chamánicas, de los distintos pueblos indígenas del Brasil, piezas que se veían con asombro en sus vitrinas, pero no en silencio, el silencio no forma parte de la condición *de ser brasileño*.

Después del paseo por el museo, *pipoca doce*, un *cachorro quente*, o cualquier otra cosa de comer que se vendiese en los jardines. Los jardines del palacio. Jardín y palacio, o dicho de otro modo, jardín y museo. Niños que corren *soltando pipa*, tras las cometas; los más afortunados, dando un paseo en los *pedalinhos*, los patines acuáticos, por supuesto, con forma de cisne. Alrededor, los mayores, las parejas enamoradas, cualquier persona, muchas veces, habitantes de los barrios humildes y de la *favela*, que tenían en ese entorno cultural, museístico y natural, una salida a la monotonía pobre y llana del día a día; el paseo del domingo por ese espacio de confort generaba paz y sosiego antes de retornar a los quehaceres de la semana. Acudir ahora a los jardines y contemplar el viejo edificio quemado debe provocar un cierto gusto a metálico en el paladar y la retina: es el sabor del luto.

Esos mismo niños, seguro que alguna vez regresarían con sus colegios en las excursiones diarias que acogía el museo, y mientras veían los dinosaurios, las momias, las piezas indígenas, la arquitectura del palacio o su mobiliario, soñarían ser un día científicos, historiadores o artistas. Todo eso es lo que se malogró el 2 de septiembre, a las 19:30 horas. Más que objetos valiosos e irrepetibles, así como una de las páginas más hermosas del arte del siglo XIX y la época imperial, lo incendiado fueron vocaciones por la historia y un ingrediente valiosísimo para la memoria de un país.

No es propio del pueblo brasileño eternizar el llanto por lo perdido, ya lo decía Adoniran Barbosa “*Deus dá o frio, conforme o cobertor*”. Por ello, no creemos que el futuro se escriba buscando culpables o las últimas responsabilidades políticas o administrativas, porque esos procesos concluyen con expedientes y sus posteriores consecuencias, que un día se olvidan. Lo que no retorna es la memoria perdida. Pero sí es posible proyectar un nuevo concepto museístico ajustado a la sociedad del siglo XXI que tenga por único

objeto la educación en la conciencia del patrimonio. Porque no nos engañemos; un accidente más o menos fortuito desencadenó el incendio del Museu Nacional, pero la verdadera mecha la encendió el abandono, la escasa cultura política sobre lo que suponen los bienes patrimoniales, el desamparo sistemático del sistema educativo y universitario, así como la escasa percepción pública de que los museos son centros de formación constante, no contenedores de objetos muertos.

La Museología, como ciencia y para la ciencia, sea natural o histórica, debería ser la protagonista del nuevo espacio que se construya sobre las cenizas de la Quinta da Boa Vista, además de un memorial sobre la época imperial, que daba sustento y justificaba la propia existencia del museo. Recrear lo que se perdió por medio de falsos históricos no haría más que evidenciar, una y otra vez, la incapacidad social y política para gestionar el patrimonio. Demos la voz a los museos, demos la voz a la enseñanza a través de los museos, demos la voz al entorno de este museo, entornos de pobreza y marginalidad, para que el pobre económico no se vea doblemente discriminado por la dificultad a acceder a la educación y al progreso.

El féretro egipcio de la dama *Sha-Amun-En-Su*, de 2700 a. c., regalado al emperador D. Pedro II, los restos de *Lucy*, el primer fósil del Brasil, de más de 11 mil años, encontrado cerca de Belo Horizonte, los sarcófagos egipcios, los huesos de dinosaurios, así como tantas otras cosas, se malograron, ya lo sabemos. En el fondo, ese patrimonio ya era casi un cadáver, solo faltaba la chispa. Pero no cometamos el error de recrearlo con reproducciones, más allá de lo imprescindible, pues si alteramos la historia del incendio simulando un pasado que fue destruido, ocultaríamos lo verdaderamente esencial: las dificultades que enfrenta la política de educación que ejercen los museos y la obligatoriedad de conservarlos para que cumplan su función. Que esta tragedia nos enseñe, convirtamos cada brasa en una lección para el futuro.

El *meteorito de Bendegó*, hallado en Bahía en el siglo XVIII y transportado un siglo después al museo, exterioriza la paradoja de haber sobrevivido a dos grandes fuegos: su entrada en la atmósfera y el incendio de septiembre de 2018. A su vez, el meteorito ha adquirido el valor de una metáfora sobre la preservación del patrimonio brasileño. Confiemos que ésta fractura cultural, que ya forma parte del pasado, nos prepare para un futuro en Brasil donde se imponga la educación y el respeto institucional por los bienes patrimoniales y su proyección humana. Confiemos en ello, confiemos, es necesario, pero sobre todo, aprendamos del pasado y sus errores, que está ahí para enseñarnos.

AUTOR

Carlos Javier Castro Brunetto

Profesor Titular del Departamento de Historia del Arte y Filosofía
Universidad de La Laguna